

## POPOTLA.

*(Lugar de Escobas.<sup>1</sup>)**El Ahuehuete de la Noche Triste.*

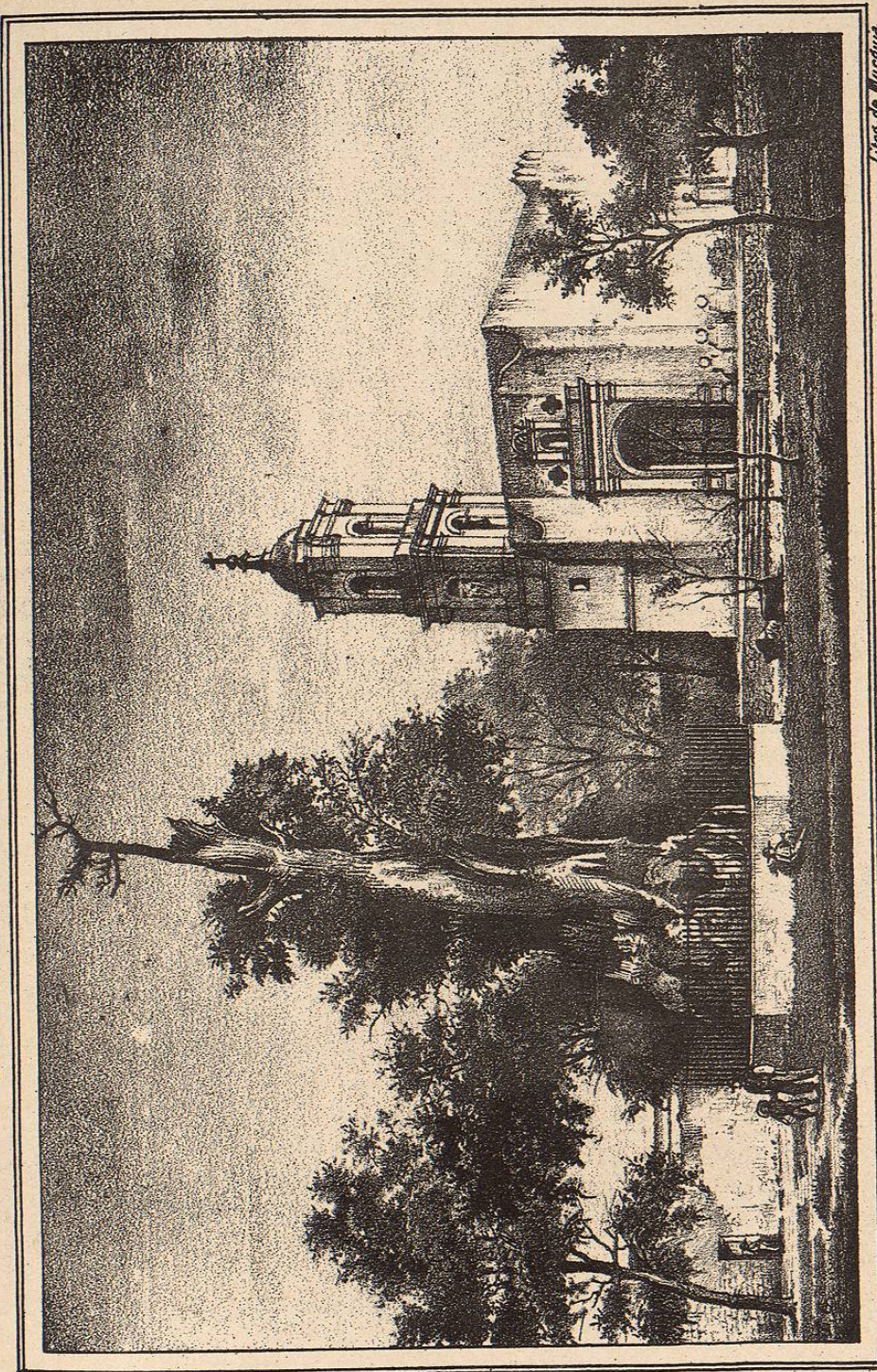
En el pueblecillo de Popotla, que dista poco mas de una legua del centro de la ciudad de México, se levanta un sabino ó ahuehuete que por su aspecto acusa una antigüedad muy remota. La palabra ahuehuete significa: *Señor de las Aguas*, porque al pié de ellos salen ordinariamente las fuentes, y tambien le llaman árbol del tambor, porque de él hacen los indígenas los *teponatztlles* que son tambores de palo. Hasta hace pocos años esparcia aquel árbol sus ramas á grande distancia y con su benigna y hospitalaria sombra convidaba á los caminantes á descansar un rato de la fatiga. Hoy está rodeado de una reja y ostenta las inequívocas señales del fuego devorador que estuvo á punto de acabar con él, pues habiéndose apoderado del corazón no se pudo apagarlo y fueron inútiles los esfuerzos y el empeño que mostraron, tanto los vecinos de la población, como las autoridades y la policía de la capital que se presentó á salvar aquel monumento histórico, tan luego que se supo estaba á punto de perecer.

El rugoso sabino de Popotla desafió las injurias del tiempo, estuvo erguido contra las tempestades, los hielos y el embate de los siglos; pero nada pudo contra la maldad de los hombres. En su alrededor abrió la muerte muchas tumbas. A su sombra se levantó una humilde iglesita, en prueba de gratitud, sobre las ruinas de un templo indígena que allí mismo habian levantado las creencias de los idólatras; es sencilla la construcción de la capillita, sus paredes están cubiertas de pardo musgo y en su pobre campanario faltan las lenguas de bronce que en otra época llamaban á la oracion á los feligreses de los contornos.

Se asegura que al pié de ese famoso ahuehuete lloró Hernán Cortés la noche terrible en que sufrió, no solamente la derrota material de sus armas y la muerte de tantos valientes compañeros, sino la herida en sus ilusiones y la decepcion en sus ambiciosos proyectos. Los soldados españoles combatieron con insigne bra-

(1.) Se componen de las palabras "Popotl," escoba y "Tlan," punto ó céntrica.

México Pintoresco. = Tomo II. = Alrededores de México.



Litog. de Murguía.

El ahuehuete de la noche triste en el pueblo de Popotla.

vura, con desesperacion, y aunque algunos de ellos habian tomado parte en las guerras de Italia y en Levante contra los turcos, declararon que jamás habian visto manifestada la cólera, segun aquella noche, en los combates que sostuvieron los mexicanos.

Cuitlahuatzin, hermano de Moctezuma, mandaba, su intrepidez y su bravura no tuvieron límites; pero Cortés no era hombre que perdiera el valor en presencia de la desgracia y si tenia cuerpo de hierro, su alma parecia de bronce. Creyó que intimidaria á los mexicanos con actos sangrientos, trató de espantarlos y someterlos, presentándoles aparatos de guerra de formidable aspecto y torres que se movian cargadas con guerreros abroquelados: ya no pensó en las vías de conciliacion, desde que Moctezuma cayó herido de muerte, al querer recomendar á sus súbditos la sumision al capitan de los castellanos. Los víveres y los recursos se le habian disminuido, su situacion llegó á ser insostenible y entónces resolvió salir de noche para salvar las barricadas que habia levantado el pueblo de México, é improvisó un puente para reponer los destruidos. Nada absolutamente le valió, salvándose Cortés difícilmente con un puñado de compañeros, que no pensaban mas que en prepararse á morir como buenos cristianos y á vender cara y gloriosamente su existencia.

Se asegura que Cortés se detuvo al pié del ahuehuate de Popotla para esperar á los demás que hubieran podido salvarse, ya por los sembrados laterales del camino, ya por algun otro medio; las consideraciones á que se entregó deben haber sido dolorosísimas; al asomar en sus ojos el llanto, su espíritu debe haber sufrido tormentos horrorosos y de allí que el sombrío sabino haya quedado históricamente señalado como el testigo mudo, el solitario compañero del héroe de la conquista en aquella noche lluviosa y oscura, en que las espesas sombras impedian tener el consuelo de contar los amigos, de saber cuáles se habian salvado y qué probabilidades habia para escapar de los mortales ataques que se repetirían al aparecer en el horizonte la luz del nuevo día.

Aquella lucha entre un pueblo que defendia sus hogares y sus templos, y un ejército de individuos que se consideraban predestinados para ejecutar una mision que el cielo les confiara, impulsados á la vez por la ambicion de conquistar riquezas y títulos con la punta de la espada; ese choque tremendo brotado de las pasiones que mas activamente obran sobre el hombre, daban el resultado inevitable de un duelo en que no habia mas que matar ó morir. El ahuehuate de Popotla ha de considerarse como el monumento augusto en que sonrió la fortuna al pueblo azteca, defensor de su nacionalidad, de sus leyes y su religion, aunque ésta fuera bárbara, sanguinaria y feroz, aunque la idolatría y el culto falso á los dioses paganos no correspondan á la dignidad humana.

Cortés fué y vino varias veces por la calzada de Tacuba en aquella memorable noche, procurando salvar los restos de su ejército que aun se mantenía peleando y recogió á muchos que de otra manera habrian perecido. Al amanecer conoció toda la extension de sus pérdidas: los tlaxcaltecas, cempoaltecas y demás aliados habian

muerto casi todos y de los españoles no encontró ni la tercera parte; la artillería, las municiones y el tesoro habían quedado en poder de los aztecas; los que rodeaban á Cortés apenas podían sostenerse en pie ni cargar las armas. Á la vista de cuadro tan lastimoso no pudo ser insensible el ánimo varonil de Cortés; su semblante apareció bañado en lágrimas mal reprimidas, al dictar en Popotla las órdenes y disposiciones para la marcha, que se verificó cuando se acabaron de perder las esperanzas de que se presentara algún otro disperso; por lo pronto se trató solamente de ocupar un puesto de fácil defensa donde se encontrara descanso; entonces se dirigieron los restos del destruido ejército hácia el Cué de Otomcapulco, donde despues fué edificado el Santuario de los Remedios. No podía olvidar el conquistador los ayes que en alas del viento habían llegado á sus oídos, los lamentos envueltos en la oscura bruma, las voces de los españoles que llamaban á Dios en el último trance de la vida, esos gritos confusamente mezclados con las amenazas de los aztecas, le herían el corazón en lo más íntimo y despertaban en su alma terrible lucha entre los impulsos de la ira y los afectos de la amistad; había muerto Juan Velazquez de Leon, que se retiraba de los últimos en la retaguardia, pérdida muy sentida porque se le reputaba por todos la segunda persona del ejército: muy diligente, activo y de recto juicio, era considerado necesario: también perecieron los cabos Amado de Laris, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, á quienes profesaba especial cariño.

El historiador Solís refiere que Cortés descansó sobre una piedra, mientras que sus capitanes arreglaban la marcha y que á la vez que daba algunas órdenes y animaba á los que mostraban abatido espíritu, prurrieron sus ojos en lágrimas que no pudo ocultar á los que le asistían; llama á ese llanto flaqueza varonil. En aquellos momentos de inmensa angustia, preguntó Cortés por el astrólogo que le había aconsejado que la salida de México fuera en la noche, y supo que había muerto el adivino en el primer asalto de la calzada. Se reanimó al saber que habían escapado los intérpretes Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de la conquista y tan necesarios en esa situación para sostener y atraer el ánimo de los aliados.

Los compañeros de Cortés estaban tristes y meditabundos; no comprendían cómo habiendo un puñado de ellos subyugado tan fácilmente un imperio y siendo tan superiores á los indígenas, por la pólvora y los caballos, habían sido despedazados. Cortés se reanimó con la presencia de Doña Marina, esa hija de un poderoso cacique, creada en México desde su infancia á donde fué conducida en calidad de prisionera; el espíritu varonil y aventurero de Cortés se había impresionado con las singularidades de la vida agitada de Marina, cuya juventud borrascosa parecía presagiarle el interesante destino que la Providencia le tenía reservado; la belleza de la costera había hecho nacer más de una pasión, pero su alma ardiente no había hecho elección alguna, hasta que regalada en Tabasco á Cortés los acontecimientos la pusieron al lado del que la amó tanto como ella lo admiraba; más que pasión fué delirio, abnegación ilimitada lo que por Cortés sintió Marina, por él

olvidó patria y parientes, dominándola tan solo dos sentimientos: hacer triunfar á su amante y vengar las humillaciones de una larga esclavitud. En Popotla ella le aconseja no desmayar, le sirve de intérprete con los indígenas que aun le quedan y le sigue acompañando en los combates que diariamente sostenían los castellanos contra los mexicanos; nada importante ocurre sin que Marina tome participio; montada sobre un caballo español se mezcla en las escaramuzas, cubre á Cortés con su cuerpo, le indica las emboscadas, le refiere lo que oye y le señala los caminos que se pueden seguir sin temor, despues de hablar con los indígenas prácticos en aquellas tierras.

Las mugeres aztecas sentíanse heridas en la imaginación con las vestiduras abri-llantadas, los dorados, los arneses y el aspecto varonil y caballeresco de los españoles; soñaron con una vida distinta de la que llevaban al lado de esposos que las despreciaban, no queriéndolas más que para el placer de los sentidos, abandonándolas durante las dilatadas expediciones á cuyo regreso las maltrataban ó las trataban con desden. Por esto es que no fué Marina sola la que se encontró al lado de los españoles el día de la derrota, sino otras muchas indígenas que habían ofrecido á los conquistadores un amor, que si no puede ser disculpa, sirve al ménos de excusa por la vehemente pasión que la presencia de los extranjeros hizo nacer en ellas. El amor, la venganza, el gusto por lo desconocido, las impulsaban á buscar la voluptuosidad en los brazos de los que exterminaban á sus familias, aunque la generalidad de las indígenas odiaron á los conquistadores y aun algunas pelearon contra ellos.

El ejército castellano debió su salvación á la circunstancia de llevar dos hijas de Moctezuma que fueron matadas en la *Noche Triste*; apenas aparecía la aurora por el horizonte, cuando los mexicanos descubrieron entre los muertos los cadáveres de las dos descendientes del Emperador, suceso que les impresionó mucho, porque para ellos era terrible la idea de haber asesinado al padre y á los hijos descendientes de sus dioses; temieron unir la impiedad al regicidio, y para aplacar á sus divinidades dedicaron á las ceremonias fúnebres el tiempo que debían á la salvación de la Patria y á la destrucción de los invasores, que en el intervalo que se les dejó repusieron sus fuerzas, se contaron y pudieron combinar la retirada, en la que se salvó Cortés por haberle referido la intérprete Marina los consejos de los prácticos en el terreno y saber que en las batallas de los indígenas el éxito dependía del estandarte real, pues una vez perdido se lanzaban los guerreros á la desesperación.

El ahuehuate de Popotla se había conservado lozano hasta Mayo de 1872, no obstante su asombrosa edad, acusada por los nudos y las curvas del tronco; al contemplar su antigüedad, al ver las ramas que aun le quedan, encorvadas por el peso de una ancianidad que toca á las puertas de la eternidad, parece que también siente las amarguras de la vida y que está cansado ya de vivir luchando con tanto elemento contrario de que precisamente saca su vigor. ¡Cuántos cataclismos ha contemplado! ¡cuántas decepciones han sido lloradas bajo su espeso ramaje! ¡qué terribles combates y cuánta sangre derramada por hermanos, ha presenciado aquel ve-

tusto sabino! nobles pasiones, reprobados vicios, el orgullo y el encono, la virtud y la modestia; todo ha pasado en torno de ese mudo centinela de los siglos; pero ningún acontecimiento más interesante que aquel en que pareció descender á su ocaso la estrella de Cortés que tan luminosa huella había dejado; cuando pareció que el carro de sus victorias se perdía en la oscuridad de la *Noche Triste*. Bajo aquel gigante sabino da tregua á sus fatigas el adalid; con ansia mortal pregunta por sus caros compañeros, pues no hay esperanza de cangear ó de que se évadan los que faltan, y al ver desfilar la escuálida falange de los que á la catástrofe sobrevivieron, lloró aquel cuyo corazón de acero había creído fácil doblegar y humillar al destino; parecía que para él ya se había cerrado el templo de la gloria y la satisfacción de las ambiciones, renacidas al calor de la amistad, del amor y la adhesión, cobrando aliento por el deseo de tomar la revancha que en efecto logró en las llanuras de Otumba.

La ley natural de la destrucción, niveladora de héroes y esclavos, solamente respeta al añoso sabino, que á pesar de la ingratitud y maldad de los hombres permanece en pie como invariable monumento en la evolución de la humanidad.

El incendio del histórico sabino, del venerable ahuehuate de Popotla fué en la noche del 2 de Mayo de 1872; el fuego comenzó á las ocho y media de la noche y extendiéndose poco á poco, á causa del combustible que encontraba en la resina y la sequedad de la madera tan añosa, se convirtió en una columna de luz, en inmenso candelabro que se veía en todo el Valle de México; en vano se hicieron supremos esfuerzos para contener el voraz elemento. El delincuente incendiario llenó de estopas empapadas en petróleo el ahuecado tronco, de manera que el fuego comenzó con grande fuerza, alimentado también con la cera de las abejas que anidaban allí.

Toda la médula del árbol se quemó y quedó tan deteriorado, que después de diez años aun no se restablece; alguna savia asciende por las diferentes capas de la corteza y tal vez pueda conservarse todavía por algún tiempo aquel monumento respetable, que guarda la memoria del suceso acaecido en 1.º de Julio de 1520. La tradición que colora con los vivos matices de la fantasía popular los sucesos que caen bajo su dominio, asegura que se apoyó Cortés en el tronco del ahuehuate para contemplar por largo rato los sangrientos despojos y los cadáveres de sus más bravos guerreros, en cuya presencia se deslizó el llanto por las mejillas del guerrero. Después del incendio fueron rodeados los restos del sabino por un alto enrejado y se le cuida con esmero.

Algunos individuos fueron consignados al juez para averiguar quien era el autor del incendio; pero no pudiendo probarseles nada quedaron en libertad. No han faltado quienes pongan en duda la autenticidad del ahuehuate; pero el haber levantado nuestros antepasados, tan cerca de él la ermita y lo que dice la tradición, indican que hay seguridad al afirmar que aquel histórico sabino es el mismo que contempló la aflicción del héroe castellano.

Un pedazo del tronco, cortado el año de 1865, por D. Genaro Perogordo, espa-

ñol entusiasta por todo lo que significara gloria para su Patria, fué regalado al Museo Naval de Madrid, en cuyo establecimiento se guarda con gran cuidado y en sitio preferente.

La piedra en que descansó la *Noche Triste* Hernán Cortés, se había extraviado, permaneció mucho tiempo enterrada en el estribo que detiene la pared de la ermita de Popotla. Una información recibida legalmente al comenzar el año de 1872 y publicada, para averiguar el motivo de que se conservara y guardara la piedra, hizo conocer que seis años antes los vecinos de Popotla quitaron dicha piedra del estribo y la condujeron ya dividida en dos, al pie del ahuehuate que entonces quedaba todavía dentro del cementerio y la pusieron del lado del Oriente. La tradición que ha ido pasando de padres á hijos, asegura y sirve de apoyo para sostener que, en efecto, sobre esa piedra descansó el conquistador Hernán Cortés en la memorable jornada que tan fatal le fué.

*Ex-convento de Merced de las Huertas.*

Al venir de Popotla para la Escuela de Agricultura, se dejan á la izquierda unas paredes ruinosas que desde luego se comprende son restos de algún edificio notable. En efecto, pertenecen al que fué convento de Nuestra Señora de la Concepción, de religiosos mercedarios, conocido comunmente por Merced de las Huertas, situado entre los pueblos de Popotla y San Antonio de las Huertas. En sus principios fué una casa de campo y huerta que los mercedarios compraron para recreo, por Abril de 1607, dando al dueño ocho mil seiscientos pesos. Un religioso lego llamado fray Francisco Coronado, la cuidaba y bajo su vigilancia comenzaron á levantar algunas celdas y una capilla, en la que el 25 de Noviembre del mismo año, con motivo de la fiesta de Santa Catarina Mártir, dieron los religiosos públicamente absolución general; esto motivó que los curas del territorio de Tacuba, en cuya jurisdicción estaba, se quejaron de los religiosos ante el provisor del Arzobispado, quien cometió las diligencias á un prebendado de la metropolitana; éste falló á favor de los mercedarios, cuyo número aumentó allí considerablemente, aunque todavía sin título ni formalidades de convento, hasta que, en el primer capítulo que celebró esa Provincia en Febrero de 1620, se resolvió levantar casa y convento en forma, nombrando el primer prelado con el título de comendador y le dieron el rango de *casa de voto*. Sin embargo, se mantuvo con la primitiva estrechez y cortedad hasta el año de 1668, en que siendo comendador del convento de la Merced el Padre fray Francisco Ayrolo, se dedicó á levantarla nuevamente y habiendo obtenido licencia para sacar el templo á la orilla del camino, lo hizo en la forma que conservó hasta nuestros días; tenía veinticuatro varas de largo y siete de ancho con la puerta principal al Sur. Fué dedicada, con la licencia del cabildo sede-vacante, en 13 de Enero de 1668; la construcción del convento continuó y se